

ISIDORO DE MARIA Y LA LLAVE DE SAN PEDRO

Rolf Nussbaum
Al Pie de la Muralla
alpiedelamuralla@adinet.com.uy

Hasta nuestros días, se han conservado dos testimonios materiales que integraron en su momento una parte de las murallas defensivas de la ciudad de San Felipe y Santiago, conocida actualmente como Montevideo.

Nos referimos a la Llave y la Cerradura de la que fuera la puerta auxiliar del muchas veces mencionado –desde la época Colonial– Portón de San Pedro.

El mismo se hallaba ubicado en lo que actualmente es la calle 25 de Mayo (llamada De la Cruz y San Pedro anteriormente) y la actual Bartolomé Mitre, que en época colonial se llamaba Entera y Del Pilar.

También se llamó “Portón Viejo”, al existir posteriormente el San Juan, ubicado hacia la Rambla Sur.

El de San Pedro era el portón de salida para el camino (que actualmente es la Avda. Uruguay), como ruta principal para dirigirse al interior del país o a los alrededores y suburbios capitalinos que se formaron a través del tiempo.

También había otro camino que se desviaba hacia el sur derivándose del antes mencionado.

El Portón aparece en todos los viejos planos de Montevideo pero no hay ninguna documentación gráfica real que nos lo muestre, si bien se sabe que poseía dos grandes hojas de madera y que se trancaba desde adentro, como todo portón similar.

Una de sus hojas tenía una puerta secundaria o de auxilio, llamada así porque una vez cerrado el Portón se abría solamente por alguna emergencia que por lógica, a veces, acontecía.

En una de las múltiples transcripciones de documentos históricos, el cronista e historiador Isidoro de Maria menciona que el posible “constructor” de la cerradura y su llave habría sido el Maestro Mayor de Herrería Don Antonio Aguilar (entre 1782 y 83), al figurar con los Comisionados, Ingenieros, Maestro Mayores y Sobrestantes en la construcción de las fortificaciones.

La casualidad y el interés por el pasado histórico permitió que, gracias a tres personas del Siglo XIX, llegara hasta nuestros días el testimonio de relevancia que aquí comentamos.

A fines de abril de 1892, De María recibe una larga y detallada carta de un amigo llamado Juan Ignacio Fernández, que además le adjuntaba un paquete.

En la carta, su amigo le agradece el recibo de la última publicación del historiador, indicándole que le enviaba como regalo una cerradura y su correspondiente llave que según señalaba, perteneció al Portón de San Pedro, integrante de la antigua muralla defensiva de Montevideo.

Se sabe que su piedra fundamental se colocó el 1º de mayo de 1742, y relataba en este caso De María que en 1780 todavía seguían las obras de finalización.

En la carta se describen las peripecias de la cerradura y su llave luego que empezaron a demoler las murallas, por el año 1830-31, y sus portones fueron llevados al antiguo “Parque de Artillería e Ingenieros”, acompañando restos de cuñeras, calderos, fusiles, quizás cañones y muchos otros objetos ahí depositados.

Por el año de 1837 o 38, el predio pasó a manos de los barraqueros Erráquin, que se ocupaban de la comercialización de los “Frutos del País”, habiendo posteriormente en el mismo predio una fundición atendida por un Vizcaíno llamado Ignacio Garragorri, que era empleado de confianza de los mencionados.

Posteriormente el fundidor compra todo el establecimiento a los hermanos Erásquin, trabajando únicamente en su ramo.

Fernández en su carta comenta también que el fundidor, ya en 1843, tenía conocimiento de la misión cumplida por el portón, preservándolo por largos años, ignorándose ahora cuándo fue desguazado, pues no se menciona.

Al irse de viaje a España en 1867, prepara la venta del taller dejando a Fernández como custodio de esos bienes, volviendo meses después a Montevideo.

Errasquín se quedó con la cerradura y su llave como recuerdo de su actividad laboral, hasta que tiempo después se la regala al dueño de la carta, en agradecimiento por la custodia efectuada.

Y así pasa, a fines del siglo XIX, a manos del historiador que en sus “Tradiciones y Recuerdos de Montevideo Antiguo”, escribe según su versión la historia en el capítulo titulado: “Las llaves del Portón y el Cañonazo”.

En su típico y muy agradable estilo, Don Isidoro nos relata aquí las costumbres coloniales con respecto a las ceremonias de apertura y cierre de los portones, y los problemas que a veces esto ocasionaba.

Todo empezaba con el “cañonazo” matutino al amanecer, y se repetía al anochecer (que era la señal de apertura y cierre de los portones de la muralla) mientras el “Mayor” encargado de las llaves iba y venía con las mismas, efectuándose el mismo procedimiento en los demás edificios oficiales.

El problema era que más de un habitante quedaba fuera de los muros al cierre, y debía pasar la noche generalmente a la intemperie; así es que no se le abría la puerta de auxilio del Portón de San Pedro.

Ni qué hablar de las pasadas de mano en mano de las llaves, con cada cambio de los dueños de la ciudad con sus protocolos y formalidades, desfilando así españoles, ingleses, argentinos, orientales, lusitanos e imperiales, hasta el “Abajo Las Murallas” después de la fecha ya mencionada.

Con su casi un siglo a cuestas, Don Isidoro (1815 – 1906) fue prácticamente un memorioso testigo ocular de todo ello, y así se regocijaba escribiendo sobre esta historia y la nacional, con sus personajes, modas y costumbres.

La cerradura mencionada que aquí vemos mide 16 X 16 cm y 3 cm de espesor, mientras que su llave tiene unos 15 cm de largo, siendo ambas de hierro y las bocallaves de bronce, estando todo en buen estado de conservación y funcionamiento.

Así como lo ha anotado Isidoro de María en las tarjetas personales y sobres que acompañan las piezas, que se conservan en un estuche, compartimos su afirmación de que la llave es de la puerta auxiliar del portón, aunque no lo había mencionado en su libro.

Tampoco dudamos aquí de su autenticidad, por lo mencionado en la carta y sobre todo por integrar, además, entre otros objetos históricos y personales, el legado final que dejó este singular personaje a sus descendientes.